



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11815

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 29 DE MARZO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Las fiestas de Murcia

Van á ser de primera. Encomendada la organización de las mismas á personas que saben lo que llevan entre manos y que se estimulan para hacerlo mejor, no hay detalle que quede descuidado ni aliciente que no se tenga en cuenta.

El programa es selecto. Aparte las fiestas religiosas que se celebrarán en la vía pública y que llamarán poderosamente la atención, algo por el adorno y mucho por la riqueza artística de las imágenes que irán en los tonos, se ha echado el resto en las profanas, en honor de la gente forastera que, de la capital de España y de la región que baña el Segura, llenará esos días la ciudad de las siete coronas.

Ofrécennos los murcianos una hermosa batalla de flores que será cuando menos como la del año anterior, es decir buena, pues no parece sino que esa fiesta creese para que la sultana del Segura encontrase motivo de ofrecerse a los ojos extraños en el apogeo de sus esplendores.

Solo por presenciar ese festejo, cuadro hermosísimo, palpitante de vida, con derroches de luz y de color, puede hacerse el viaje, no en tren botijo, sino en tren expreso.

Mas, si amen de esa fiesta cultísima nos ofrecen el fantástico espectáculo del Entierro de la Sardinia, cada vez más atrayente, á medida que va siendo más suntuoso, no es posible resistir la tentación de ir á admirar las hermosas carrozas y los vistosos grupos de que se forma ese espectáculo. Y no ya en tren botijo donde se sacrifica la comodidad á la baladura, ni en tren expreso sacrificando el bolsillo á la comodidad, sino en carro de violín ó en carro-matón vinatero, zarandeado á placer y molido sin consideración, se

puede... no, se debe! realizar la caminata por recrear la vista en fiestas tan brillantes.

Pero no es eso solo. Es que, por contra de esos espectáculos, preparan los murcianos otro sensacional y español de abolengo. Se trata de una corrida de toros con bichos de primera y toreros de clase superior.

Esa fiesta recide al más reacto. ¿Celebrarse en Murcia corrida de toros y no asistir á ella los cartageneros? ¡Imposible!

Hay que hacer el viaje para ver esas fiestas; hay que ver la batalla aun pasando por la exposición de recibir algunos proyectiles; hay que ver el Entierro para decir á los que no lo vean todo lo de notable que tendrá este año; hay que entrar en la plaza de toros para ver las gallardías de Fuentes y los actos de valor del Algabeco.

Los murcianos conocen su negocio. Han confeccionado un espléndido programa de fiestas y han dispuesto tres trenes botijos. Y desde las columnas de la prensa, que les hace inmejorable propaganda, se dirigen á los madrileños, cartageneros y lorquinos diciéndoles:

—¿Ustedes gustan?

Y serán pocos los que rehusen acudir al llamamiento que hacen los murcianos. Ya lo veremos cuando rompan la marcha los botijos.

TIJERETAZOS

Desdoble y leo:

«Al grano.»

Bien hecho. Los demás que ro coman la paja.

El Imparcial ha recibido el siguiente telegrama de Zaragoza:

«El vecindario reclama que se ponga coto á las demasías que vienen cometéndose por los ladrones desde hace bastante tiempo.»

Hombre, sí, que no aprieten tanto esos

cacos y traton á los aragoneses con consideración.

Y de paso que se hace esa advertencia á los ladrones, suprimase la policía en Zaragoza.

Con ello, irá ganando lo que cobra por hacer un trabajo que no da fruto.

Dice El Nacional:

«Lo primero que debe hacer el Gobierno es sanear los municipios.»

Y dice el Heraldillo hablando de este tema:

«Todo es hipocresía en los que piden la remoción y la conservación; los unos invocan la pureza administrativa, y los otros la autonomía municipal, y, sin embargo, lo que en realidad quieren todos es ejercer el monopolio y la influencia del Poder local.»

Eso lo ven hasta los ciegos.

Y es un resorte que de puro gastado resulta ridículo.

Dice un colega de los caídos:

«Ya que sean inevitables los inconvenientes de los períodos electorales, importa atenuarlos, primero acertando todo lo posible la duración de esos períodos de verdadera interinidad y luego imponiendo á las autoridades una neutralidad completa en la lucha de los distintos candidatos. El sacrificio de algunos amigos, por sensible que resulte, puede ser un gran bien, aumentando el prestigio de la mayoría y la autoridad del Parlamento.»

Muy bien dicho.

¡Si no hay cosa mejor para hacer á los hombres razonables que ponerlos en la oposición!

Y si no ¡cuando se le ocurrió á La Epoca darle al Sr. Dato el consejo que da ahora al Sr. Moret!

Y no es que entonces no pasara lo que ahora le extraña á La Epoca.

Pero le cogía del lado que todo lo resultaba bien.

PARÉNTESIS

MARINA

Del inmenso Oceano una pequeña roca se destaca, resto de un continente que en muy lejano tiempo allí se alzara.

Su aspecto es miserable, á compasión inspira su desgracia;

es un grano de arena perdido en el desierto de las aguas.

El mar á sus orillas por el dolor, al parecer, quebradas, llega á veces sumiso, á veces imponente la amenaza.

Y la insensible roca, con el tiempo y el mar en lucha aciaga, poco á poco se rinde y su cuerpo se merma entre las garras de los dos enemigos implacables que, sin cesar la atacan.

Así sigue la lucha, hasta que el fiero embato de las aguas á su fondo la arroja terminando una lucha necesaria; En la que bien pudiera verse otra lucha que, en la vida humana, sostienen el progreso y las costumbres de la edad pasada.

A. Aguilera y Arjona.

Madrid.

¡CÓMO HA DE SER!

Quedamos en que nuestra voz se ha perdido en el vacío. Hemos obtenido el mismo resultado que si hubiésemos hablado á las arenas del anchuroso Sahara.

Está bien; pero conste que no nos manifestamos ofendidos, porque á nosotros tanto nos da que se haga la procesión de la mañana como que se quede dentro de la iglesia.

Actuábamos de Quijotes en defensa de ajenos intereses; pero cuando estos cierran los oídos á los mejores argumentos, no vamos á ser más papistas que el papa. ¡Si sabrán ellos lo que les conviene!

¡Tontos de nosotros que creímos que la procesión de la mañana era fuente de seguros ingresos para multitud de industriales!

La verdad es que había motivo para equivocarse. Nosotros creíamos que esa población que la noche del jueves al viernes de la Semana Santa llena los cafés y otras tiendas de menor cuantía—por no decir tabernas—y esos chicos y grandes que llevan llena de caramelos la ventrada pechuga y esa multitud de forasteros que pasa aquí la noche en vela, prefiriendo ingerir en el estómago lo que había de pagar por pupillage, constituían un negocio para los cafés, tabernas y confiterías, amén de otras industrias que, cual la panadera, realizan los in-

grosos en relación de los consumidores. Pero no era cierto; padecíamos un lamentable error y queda deshecho con esta campaña procesionista que hemos realizado. Cuando los gremios no han correspondido es que no hay tal negocio.

Quedamos en que no hay procesión de la mañana.

Quedamos también en que estábamos equivocados respecto á los resultados económicos de dicha procesión.

Y quedamos también en que rendidos á la evidencia de que no estábamos en lo cierto, lamentamos haber perdido el tiempo, prometiendo no hacerlo más.

UN CONVENCIDO.

Teatro Principal

Gran noche la de ayer y al mismo tiempo noche triste, como de despedida. Se alzaba el telón por última vez para que la señora Guerrero se ofreciera en todo el apogeo de su grandéza artística y á admirarla, á aplaudirla, á rendirle homenaje de entusiasmo, acudió el público que ha llenado el teatro durante el abono.

La señora Guerrero solo necesita de su arte para arrebatar; pero anoche el público que acudió á admirarla y aplaudirla vió en ella también á la mujer caritativa, que juntamente con su esposo, el eminente actor Sr. Díaz de Mendoza, ha hecho objeto de sus atenciones al establecimiento benéfico preferido de los cartageneros, y le tributó una doble ovación, dirigida la una á la artista eminente y la otra á la mujer de sentimientos exquisitos.

De tres obras se componía el programa de anoche: *Mancha que limpia*, del eminente dramaturgo D. José Echegaray; *En lo oscuro*, del genial poeta y querido amigo nuestro D. Vicente Medina y del cuadro íntimo titulado *Mensajero de paz*, escrito expresamente por D. Eusebio Blasco para las primeras figuras de la compañía que anoche monopolizaba los aplausos del público, es decir, para la señora Guerrero y el señor Díaz de Mendoza.

En todas ellas; en cada uno de los actos de las mismas y en todas las escenas en que tomaron parte los artistas que dan nombre á la compañía que ha actuado en el Principal, fueron aplaudidos, menudeando las llamadas á escena.

La señora Guerrero estuvo verdaderamente sublime, especialmente en el cuarto

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 243

RENATA MAUPERIN

242

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 239

Pero sobre todo eso he pensado en V., en sus ideas, paradojas y doctrinas, en todo cuanto me ha dicho... en el desprecio de V. al dinero, que me ha entusiasmado... y por fin, renuncio... Decididamente, influye V. demasiado sobre mí.

—¿Yo?... Vamos, soy un imbécil y siento en el alma... Yo creía que eso no se pagaba... ¿Pero seguramente soy yo?...

—Sí, V. mucho... y un poco él...

—¡Ah!

—Un poco, M. Lemenniers... Cuando yo sentía que la fortuna se me subía á la cabeza y tenía ciertas ganas de llegar á ser Mad. Lemennier... le miré... y el otro día me lo dijo usted con harta exactitud... me sentí mujer, como no puede formarse idea... Por más que le daba vueltas y vueltas... veía que era bueno ese hombre por todos cuatro costados... Haje este punto de vista, no podía compararse con M. Reverchon ni con los demás. Figúrese usted que me decía: «Señorita, ya sé que no la agrado; pero déjeme ver si con el tiempo la desagradó algo menos...» Era verdaderamente conmovedor, y hubo momentos en que se me antojaba decirle: «¿Quiere V. que lloramos un poquito juntas?» Afortunadamente, cuando más ganas tenía de llorar, la vista de papá me daba ganas de reír... Tenía un rostro tan extraño,

—¡Oh! Pero eso es ya una especialidad...

—Es el décimo cuarto nada más... todavía es un buen término medio... Y V. es quien me lo ha hecho desbaratar.

—¿Yo?... ¿Y cómo así?

—Renata se levantó, hundió las manos en los bolsillos y recorrió el salón de un extremo al otro. De vez en cuando se paraba y hacía un pirueta sobre un talón.

—¡Oh!—añadió—¡si le dijese á V. que he renunciado dos millones!

—¡Lo habrá V. mirado mucho!

—No diría á usted que no me tentase... pues no se debe una fingir más fuerte de lo que es... y con usted no haré comedias... Por un momento estuve muy indecisa... M. Barousse era quien había arreglado el asunto... Aquel me aconsejaban mucho... sobre todo mamá y Enrique, que no me dejaban un momento... Y yo también, no dejaba de soñar un poco... y he pasado dos noches sin dormir á pensar... Esos millones quitan el sueño. También debo decir, con justicia, que pensaba mucho en papá... por lo orgulloso que se habría puesto y lo que hubiera disfrutado con mis 100.000 libras de renta... ¡Es tan vanidoso para mí! Recuerda V. su célebre frase... ¡Un yerno que dejase subir en ómnibus á sus hijas!

pardos y brillantes. La luz le daba en las mejillas; la sombra marcaba los ángulos de su boca, y sus labios, que ordinariamente caracterizaba una mueca desdichosa, entreabiertos á la sazón, dibujaban una sonrisa hija de su alma. Un reflejo iluminaba su barba; y la sombra del cuello parecía jugar á cada movimiento de su cabeza. Estaba verdaderamente encantadora con sus facciones perdidas en la claridad procedente de las arañas y borrada la línea del rostro por la felicidad infantil.

—Está V. muy linda esta noche, Renata.

—¡Ah! ¿Esta noche?

—Confesaré francamente á V. que en estos últimos tiempos tenía un rostro tan disgustado y triste... El placer le sienta mucho mejor!...

—¿Valga V.?

—Como si aprendiera, muy mal... Pero hace un momento se había V. negado.

—¡Yo! Pues si tengo una gana horrible de bailar... Pero, tiempo nos queda... No mire V. el reloj, que no quiero saber qué hora es... Créa V. que estoy alegre... Es que soy feliz, muy feliz... Mire usted, Denoisel... Usted que anda tanto por París, va á hacerme un encargo... A las primeras cinco viejas que encuentre vendiendo cerillas, déles V. á razón de un Luis... Ya se los daré yo de mis economías... no lo